LOS INTENTOS DEL VIRREY ESLAVA Y DEL PRESIDENTE ARAUJO EN 1740 PARA OBTENER PRÉSTAMOS DEL COMERCIO DEL PERÚ DESPLAZADO A QUITO Y LA REQUISA DE 100.000 PESOS EN 1741

POR

LUIS RAMOS GÓMEZ

Universidad Complutense de Madrid

El dinero del Comercio del Perú que había pasado a Quito en 1740 fue visto por el virrey de Santa Fe y por el presidente de Quito como un recurso para paliar los problemas económicos derivados de la guerra de 1739-1748. En el presente trabajo se analizan sus diversas peticiones de fondos en 1740-1741, y especialmente la requisa de 100.000 pesos a uno de los comerciantes. El conflicto generado en torno a esta requisa también se analiza desde el punto de vista del enfrentamiento de la lucha por el poder en la que en esos momentos estaba inmersa la ciudad de Quito.

PALABRAS CLAVES: 1740-1741, Quito, préstamos, Comercio del Perú, grupos de poder.

El comienzo de la Guerra de la Oreja (1739-1748) sorprendió en Panamá a los miembros del Consulado del Comercio del Perú —en adelante Comercio—, a donde se habían desplazado a fines de junio de 1739 para celebrar feria en Portobelo con los galeonistas europeos que en 1737 habían llegado a Cartagena en los navíos de registro que custodió Blas de Lezo. Pero la prevista feria no pudo realizarse a causa del desmantelamiento por los británicos de las defensas de la fachada caribe del Istmo —Portobelo en diciembre de 1739 y Chagres en abril de 1740— y de la llegada de la orden del rey de 11 de enero de 1740, en la que se ordenaba al Comercio del Perú retirarse de la zona; como consecuencia de ello, el 15 de mayo de 1740 comerciantes y caudales salieron precipitadamente de Panamá con rumbo a Guayaquil, desde donde pasaron a Quito por el riesgo que

suponía estar en una ciudad costera cuando se esperaba que barcos enemigos penetrasen en el Pacífico por el Cabo de Hornos¹.

Si a Panamá fueron 74 comerciantes con 3.050 cajones de plata —vid. cuadro, primera y segunda columna—, a Quito llegó un número indeterminado de cajones y «unos 25 [comerciantes, pues] los demás, unos pasaron de Panamá a México, otros se quedaron en Panamá, otros pasaron a Lima, otros de Panamá pasaron a Portobelo y de ahí a Cartagena, [y] otros de Panamá se embarcaron y siguieron viaje a Cartagena»². Los que llegaron a la ciudad de Quito en agosto y septiembre de 1740 estaban encabezados por el comisario para la feria Manuel Laviano, y por los diputados Manuel Gutiérrez Cosío y Felipe Perfecto del Castillo; su situación no era fácil, porque estaban inmersos en un mar de incertidumbres, pues no sabían ni dónde ni cuándo podría celebrarse la feria, ni qué hacer en el entretanto con los caudales que transportaban y, además, estaban en un espacio en el que Lima ya no tenía jurisdicción, al haber pasado el reino de Quito a formar parte del virreinato de la Nueva Granada desde el 20 de agosto de 1739.

Dado el nulo interés que hasta la fecha ha tenido el tema para los investigadores, prácticamente nada sabemos de los movimientos de esos comerciantes y sus caudales, ni tampoco de su vida o de lo que les aconteció en la ciudad de Quito, donde se venía viviendo una sorda batalla por el poder local, en la que, sin pretenderlo, se vieron mezclados³. Tampoco tenemos muchos datos sobre las relaciones del Comercio con el presidente de Quito José de Araujo y Río, si bien sabemos que se torcieron en algún momento indeterminado, pero anterior a noviembre de 1740; de la tensión entonces existente es perfecta muestra la carta que el Comercio escribió al rey el tres de noviembre de 1740, donde le hacía saber de forma muy fría el apoyo prestado por Araujo en la subida de los caudales desde Guayaquil⁴. No sabemos el por qué exacto de esa tirantez, pero sin duda en ella tuvieron que ver algunos episodios de ese viaje y también sucesos posteriores,

¹ De este desplazamiento del Comercio del Perú hasta Quito nos hemos ocupado en «El traslado de los caudales y comerciantes del Perú de Panamá a Guayaquil en 1740 y el inicio de su subida a Quito: la navegación hasta Babahoyo», trabajo presentado en julio de 2002 al *X Congreso Internacional de Historia de América de la Asociación de Americanistas Españoles*, en prensa, y en «El conflicto entre el Comercio del Perú y los dueños de mulas, en 1740, por el precio del flete de los cajones de plata entre Babahoyo y Guaranda (Ecuador)», *Revista de Indias*, vol. LXII, num. 224, Madrid, 2002, pp. 41-68.

² Araujo al rey, ocho de septiembre de 1741 (Archivo General de Indias -en lo sucesivo AGI- Quito 127, f. 344; el texto pertenece al punto 14). Advertimos que la sección de Quito se ha reorganizado desde que tomamos esta y otras referencias, por lo que la foliación dada, e incluso el legajo, pueden haber variado.

³ Para una aproximación global a la época vid. Luis RAMOS GÓMEZ, *El viaje a América (1735-1745) de los tenientes de navío Jorge Juan y Antonio de Ulloa, y sus consecuencias literarias*, tomo I de *Época, génesis y texto de las «Noticias Secretas de América»*, de Jorge Juan y Antonio de Ulloa, Madrid, C.S.I.C., 1985, 2 vols.

⁴ RAMOS GÓMEZ [1], p. 65.

como el papel jugado por el presidente en el paso de comerciantes a Cartagena y su posterior traslado a Lima con empleos de ropa⁵. A ello debemos sumar la posibilidad de que Araujo hubiese intentado aprovecharse directamente de los caudales, tema al que hace alusión Juan de Berria, diputado del Comercio del Perú, cuando en su escrito al rey de 1742 habla de «habérsele frustrado [al presidente Araujo] las esperanzas que pudo prometerle» la presencia de la plata peruana⁶.

1. LAS PRETENSIONES DE ESLAVA Y ARAUJO DE HACERSE CON FONDOS DEL COMERCIO DEL PERÚ EN 1740.

Las cabezas de los virreinos de Perú y del recién instaurado de la Nueva Granada —a donde había pasado a depender Quito— eran conscientes del quebranto que sufría el Comercio del Perú con su impensado periplo, pero poco hicieron en su favor, salvo darle apoyo moral y ordenar que los transportistas no se aprovecharan de la situación subiéndoles los precios. De esta actitud es perfecta muestra la carta que el virrey de Santa Fe le escribió el cinco de noviembre de 1740 al presidente de Quito José de Araujo, en la que tras darse por enterado del apoyo que éste había prestado al Comercio en el traslado de la plata de Guayaquil a Quito, le decía que continuase en esa actitud «observando las órdenes dadas por aquel señor virrey [del Perú sobre el precio del transporte], como que se dirigen al bien y utilidad de ese Comercio, a cuyo alivio deseo cooperar en atención a los muchos quebrantos que ha padecido, sin poderse alcanzar el término en que podrá lograr su descanso, por lo que vuestra señoría no permitirá que en toda esa provincia se levanten los precios a los fletamientos y víveres, ni se dé lugar a que por esta razón se forme la menor queja, antes se acrediten los auxilios [y] la atención que merece ese Comercio»⁷.

Pero estos apoyos de los mandatarios pasaron a un segundo plano ante las circunstancias del momento, ya que en tiempos en los que se necesitaban fondos

⁵ El comisario Manuel Laviano acusó a Araujo de estas y otras acciones en su carta al rey de seis de mayo de 1741, cuyo texto no conocemos y que —según indicó la secretaría del Perú— nunca llegó a Madrid; sin embargo podemos hacernos idea de su contenido por la carta en la que José de Araujo se defendió de los cargos que se le hacían (Quito, ocho de septiembre de 1741. AGI, Quito 127, f. 344).

El contencioso sobre el movimiento de comerciantes y mercancías —sobre el que estamos trabajando en la actualidad— se inició al poco de la llegada de los comerciantes y se cerró el seis de abril de 1741, cuando el Real Acuerdo ordenó que el tema quedase bajo el control del comisario Laviano.

⁶ El escrito, impreso, no tiene fecha, si bien llegó a manos del Consejo el seis de septiembre de 1742 (AGI, Escribanía de Cámara 914C, pieza 10, f. 85; el texto concreto en f. 90v).

⁷ AGI, Escribanía de Cámara, 914C, cuaderno 10, f. 125v. Esta carta también le fue remitida por el virrey a Manuel Laviano, la cabeza de los comerciantes desplazados a Quito, junto a otra de la misma fecha en la que le decía que a la vista de lo que le ordenaba a Araujo «me avise si necesita en mi distrito de otras providencias que conduzcan [a] su mayor alivio y de ese Comercio, cuyo buen éxito deseo» (AGI, Escribanía de Cámara 914C, cuaderno 14, f. 129v).

para afrontar los gastos derivados de la guerra, el dinero físico de los comerciantes peruanos era una tentación tan fuerte que no puede extrañarnos que las distintas autoridades gubernativas intentaran hacerse con él.

La primera muestra de ello la tenemos en la carta que el virrey de Nueva Granada, Sebastián de Eslava, escribió el 25 de octubre de 1740⁸ al diputado y comisarios de los comerciantes limeños que estaban en Quito, el mismo día en que ordenaba a las autoridades quiteñas suspender pagos y salarios. En ese escrito, Eslava comunicaba al Comercio que, siguiendo instrucciones de Madrid, había ordenado a Lima la remisión de «por ahora 300.000 pesos» para subvenir a los gastos producidos por la escuadra comandada por el teniente general Rodrigo de Torres, fondeada en Cartagena. Ante la certeza de que la citada cantidad tardaría en llegarle, el virrey les pedía que se la adelantasen «de los caudales que se han conducido a Guayaquil y Quito, [...] bajo del seguro de que su reintegro ha de quedar al cuidado de dicho señor virrey» de Lima, a quien debería comunicársele la novedad. Del texto de la carta y de otros elementos cabe deducir que el virrey de Santa Fe creía que su petición iba a ser atendida al menos en parte⁹, pero no fue así, porque los comerciantes no accedieron a ella en fecha que no conocemos.

No fue sólo el virrey de Santa Fe quien pretendió paliar sus angustias económicas con el dinero de los comerciantes limeños desplazados a Quito, pues en parecidas fechas también lo intentó el presidente José de Araujo ante la imposibilidad de completar la cifra de 50.000 pesos que le había solicitado el virrey Eslava el 12 de junio de 1740¹⁰. La citada cantidad debía repartirse entre los vecinos y comerciantes de Quito «según las posibilidades de los que han de contribuir a él», pero los convocados no respondieron como se esperaba, por lo que a principios de diciembre de 1740 el presidente tuvo la certeza de que la suma de las contribuciones no sobrepasaría los 12.000 pesos¹¹. Ante esta circunstancia, Araujo debería haber presionado a los vecinos y comerciantes quiteños para conseguir lo que le faltaba por recaudar, pero en vez de ello recurrió a los comerciantes limeños; y así, a pesar de que sus relaciones con los peruanos no eran buenas, el cuatro de di-

⁸ AGI, Escribanía de Cámara 914C, cuaderno 14, f. 130.

⁹ En carta de 25 de octubre de 1740 a Manuel Rubio de Arévalo, visitador de las Cajas Reales de Quito, el virrey Eslava le daba noticia de su petición al Comercio, indicándole que correría «por mano de vuestra señoría y de los oficiales reales la pronta remisión de lo que entregaren» (AGI, Escribanía de Cámara 916A, cuaderno 11, f. 1bis).

¹⁰ Esta petición la reiteró el día 21 de junio, añadiendo la remisión de los situados de 1739 y 1740. Las dos cartas en AGI, Escribanía de Cámara 914C, cuaderno 14, f. 95.

De este tema hemos tratado pormenorizadamente en nuestro artículo «Los más ricos de Quito en 1740. El préstamo de 50.000 pesos solicitado por el virrey Eslava», *Actas del XI Congreso Internacional de AHILA (Asociación de Historiadores Latinoamericanista Europeos)*, Liverpool, Instituto de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Liverpool, 1998, tomo I, pp. 460-475.

¹¹ Calculó mal el presidente, ya que sólo pudo recaudar 10.320 pesos, que fueron los que remitió a Cartagena.

ciembre de 1740 remitió al comisario José Laviano una educada y sopesada carta¹² en la que reconocía que sufría «la mayor congoja» por la difícil situación en la que se encontraba, pidiéndole que supliese los 38.000 pesos que calculaba le faltarían para cubrir la suma de los 50.000 pedidos por el virrey.

En su petición, el presidente apelaba a «la bizarría y lealtad» del Comercio limeño, que había quedado de manifiesto en los desembolsos hechos para la defensa¹³, actitud que les pedía que refrendasen ahora facilitando 38.000 pesos al virrey de Santa Fe, tanto porque se encontraban en su jurisdicción, como porque era el primer préstamo «que solicita su excelencia en esta provincia». También argumentaba Araujo que la entrega de esa cantidad no les significaba a los comerciantes «el menor quebranto [...], pues para cuando llegue el caso de que los necesiten sus dueños para usar de ellos, ya habrá a este mismo tiempo providencia para su puntual paga».

Ni la apelación al patriotismo, ni el procedimiento propuesto por Araujo consiguieron que los comerciantes atendiesen su petición, lo que le hizo saber el comisario Laviano en una seca esquela a la que adjuntó el acta de la Junta General de Diputados y Comerciantes, que se celebró en ese mismo día de seis de diciembre de 1740, documentos ambos que traslucen el estado de tirantez existente entonces entre el presidente y el Comercio.

Lo resuelto en la Junta no dejaba lugar a dudas, ya que unánimemente los comerciantes —vid. cuadro, tercera columna—¹⁴ acordaron comunicarle a Araujo que su petición iba «contra la debida proporción que dictan la razón de la justicia y la equidad, [...] porque nunca se discurren aquellos medios que sólo puedan servir de arruinar a los vasallos de su majestad». Argumentaban que se hallaban «sin aliento para sobrellevar nuevas cargas», pues no sólo había que contemplar los 900.000 pesos desembolsados¹⁵, sino también otros gastos, como el gravamen sobre la plata, que «se halla pensionada en 12%, [...] los gastos personales de los individuos que la conducen, [...] y] los quebrantos que se han experimentado en la subida de la Montaña de Guayaquil [a causa] de los robos que se

¹² AGI, Escribanía de Cámara 914C, cuaderno 14, f. 104v.

¹³ Citaba los 100.000 pesos dejados al presidente de Panamá y los 300.000 concedidos al virrey del Perú para remitir a Cartagena.

¹⁴ Firman el escrito 20 comerciantes (AGI, Escribanía de Cámara 914C, cuaderno 14, f. 106), cifra que concuerda aproximadamente con la que da Araujo —«unos 25»— en su carta de ocho de septiembre de 1741 (AGI, Quito 127, f. 344, punto 14).

¹⁵ Recordemos que Araujo únicamente había hablado de 400.000 pesos. Los 900.000 los desglosan los comerciantes en las siguientes partidas: «200.000 en el donativo para la fábrica del Real Palacio; 100.000 pesos para la existencia del presidio de Panamá; 300.000 pesos que actualmente [se] están exigiendo para subvenir a los gastos para la defensa del Reino del Perú; 300.000 pesos que se han gastado en la carena de la capitana, compra de otro navío, compra de sus armamentos y paga de tripulaciones, pudiéndose aumentar mucho las sumas que se gastaren en la subsistencia de estos dos navíos que corren a cuenta del Comercio, así por la demora como por la fatalidad sucedida del arribo de la capitana a Guayaquil, desarbolada, cuyos reparos dependen de muchos costos».

han hecho en los caminos»¹⁶; a ello había que sumar la circunstancia de que «los 23% que por la parte menor se pagan de intereses de la plata, está al presente sobre el gravamen de 35% a vista de la ninguna esperanza de resarcir estos quebrantos, [por]que no se sabe cuándo llegará el caso de verificarse feria»¹⁷.

Si el tono de la contestación debió molestar al presidente Araujo, sin duda mucho más lo hizo el contenido del escrito, y no sólo porque se le había negado lo que había pedido, sino también porque su posición ante el virrey y ante el rey —lo que le interesaba especialmente¹⁸—, quedaba en entredicho al haber recaudado únicamente 10.320 pesos de los 50.000 solicitados. Pero el presidente se tragó la hiel en espera de mejor oportunidad, limitándose por entonces a decirle al rey algo tan neutro como que «por los grandes quebrantos en que se halla, [el Comercio] se negó [a prestar los 30.000 pesos que le había solicitado], como consta en los adjuntos autos»¹⁹.

2. LA SOLICITUD DE ESLAVA DE 28 DE NOVIEMBRE DE 1740 Y LA DECISIÓN DE QUITO DE INCAUTAR 100.000 PESOS AL COMERCIO DE LIMA²⁰.

Mientras Araujo intentaba recaudar los 50.000 pesos que en junio le había solicitado Eslava, el 28 de ese mismo mes de noviembre el virrey escribía al presidente y oidores de Quito para darles noticias de la contienda y, sobre todo, para solicitarles fondos con los que hacer frente a los gastos de guerra, que se habían visto incrementados con la llegada de la escuadra que mandaba Rodrigo de Torres. La urgencia de dinero era tanta que Eslava ordenaba que se «facilite[n] caudales, sacándolos de donde los hubiera, con cuenta y razón para reintegrarlos a su tiempo», advirtiendo que no se admitiría ninguna negativa, pues «no habiendo suficientes [fondos] en las Cajas Reales para acudir a donde la necesidad pide

¹⁶ Según informó Araujo en su carta de ocho de septiembre de 1741, los robos habían sido cuatro y ya estaban resueltos (RAMOS GÓMEZ [1], p. 63, nota 65).

¹⁷ Por entonces los comerciantes españoles pensaban en Cartagena y los peruanos en Portobelo, aunque también se barajaron las localidades de Honda y Mompós. Finalmente la feria no se realizó.

¹⁸ Araujo necesitaba hacer méritos como fuese, porque el 31 de agosto de 1738 el rey había ordenado abrirle un juicio de pesquisa, que no pudo iniciarse hasta 1743, porque cuando en 1739 la orden llegó a Quito, el único oidor nombrado para llevarlo a efecto había ingresado en la orden franciscana (RAMOS GÓMEZ [3], capítulo V del tomo I; Tamar HERZOG, *Ritos de control, prácticas de negociación: pesquisas, visitas y residencias y las relaciones entre Quito y Madrid (1650-1750)*, CD *Nuevas aportaciones a la Historia Jurídica de Iberoamérica*, Madrid, Fundación Histórica Tavera, 2000).

¹⁹ Quito 18 de diciembre de 1740. AGI, Escribanía de Cámara 914C, décimo cuaderno, f. 118.

²⁰ El núcleo de la documentación manejada es el testimonio que el presidente Araujo remitió con carta de 25 de marzo de 1741 (AGI, Quito 134, expediente 38, f. 572); nosotros hemos utilizado el testimonio que se realizó el 14 de junio de 1742 (AGI, Escribanía de Cámara 914C, cuaderno 14, f. 111 y siguientes).

pronto remedio, tiene el rey derecho de Justicia para valerse de los [caudales] de sus vasallos»²¹.

Estaba claro que Eslava solicitaba fondos, pero del texto de la carta no es fácil concluir si reclamaba el envío urgente de lo ya pedido²² o si lo que solicitaba era una nueva remisión, y en este caso, ¿qué suma había que enviarle? Ciertamente el tema tenía difícil solución porque, dada la urgencia del gasto, no parecía pertinente escribirle para que aclarase la cuestión, ya que entre ida y vuelta podían pasar cuatro meses. El sentido exacto de la carta del virrey debió discutirse en el seno de la Audiencia, porque Araujo nos dice que —optando por la primera interpretación— él propuso remitir a Cartagena «los 300.000 pesos que necesitaba vuestro virrey [...] y que infructuosamente había pedido que le adelantase el comisario Laviano, si bien] los demás ministros me moderaron [...] a sola la exacción de [...] 100.000 pesos»²³, seguramente porque interpretaron que el virrey pedía una nueva aportación. Y ésta fue finalmente la cantidad fijada por la Audiencia el 13 de marzo de 1741²⁴, que nadie en Quito discutió, ni siquiera los que tuvieron que cubrirla.

¿Y quién debía aportar esos 100.000 pesos? Puesto que el virrey había ordenado conseguir el dinero de quien lo tuviera, ninguna persona, ni estamento o grupo estaba señalado o exceptuado²⁵, por lo que Araujo —a quien la Audiencia le había encargado el tema— tenía vía libre para proponer a quien quisiera. Es posible que el presidente realizase alguna consulta para recabar información, pero lo que resulta muy extraño es que en esa tarea gastase nueve días, del 13 al 21 de marzo, ya que el tema era muy urgente y la respuesta muy sencilla. A nosotros no nos cabe duda de que Araujo dejó pasar esos nueve días con el preciso fin de que lo que hubiese que hacer coincidiese con el 23 de marzo, fecha del comienzo de la Pascua, para que «estuviese suspenso el curso de tribunales [...] y] no se lograse con prontitud el remedio que pudiera dar la atención de vuestra alteza [—la Audiencia—] a las razones de Justicia que proponen los vasallos»²⁶.

²¹ AGI, Escribanía de Cámara 914C, cuaderno 14, f. 111.

²² En la exposición de la grave situación económica en la que se encontraba, Eslava se refiere a «los socorros de dinero que he pedido», fondos a los que no vuelve a referirse en el resto de la carta.

²³ Araujo al rey, Quito 25 de marzo de 1741. AGI, Quito 134, expediente 38, f. 572. Nada se nos dice de si en la Audiencia se barajó la posibilidad de que lo que se debía remitir a Cartagena era la parte no recaudada de los 50.000 pesos pedidos por Eslava en junio de 1740, cifra que es la que da como correcta el diputado del Comercio del Perú, Juan de Berria, en una petición impresa, sin fecha, que llegó a manos del Consejo a principios de septiembre de 1742 (AGI, Escribanía de Cámara 914C, pieza 10, f. 85; el texto concreto en fols. 88v y 91).

²⁴ El acuerdo se tomó el mismo día de la lectura de la carta del virrey, estando presentes el presidente Araujo y los oidores José Llorente y Esteban Olais.

²⁵ Otra fue la opinión de los comerciantes limeños, quienes señalan repetidamente que nunca el virrey pensó en ellos, ya que si lo hubiera hecho les hubiera escrito directamente (vid. el apartado cinco del presente artículo).

²⁶ Laviano a la Audiencia, sin fecha pero presumiblemente del 25 de marzo de 1741. AGI, Escribanía de Cámara, cuaderno 14, f. 135. La suposición de Laviano se confirma con lo dicho por Araujo tanto en el proveimiento del primer escrito elevado por el Comercio el día 23 de marzo

¿Y de dónde iban a sacarse los 100.000 pesos? Ya hemos dicho que la respuesta era muy sencilla, porque si cuatro meses antes Araujo sólo había conseguido reunir 10.320 pesos de los comerciantes y vecinos de Quito, no le quedaba más sujeto que el Comercio del Perú, además de la Iglesia; evidentemente la solución la tenía decidida el mismo día 13, cuando propuso que la suma que había que remitir a Cartagena era la de 300.000 pesos, ya que no se debía a la casualidad el que fuese la misma que el virrey había pedido al comisario y diputados del Comercio. Y así, el 21 de marzo de 1741 Araujo le recordó al Real Acuerdo lo que había ocurrido cuatro meses antes al intentar recaudar los 50.000 pesos de vecinos y comerciantes de Quito, indicándole que por «las notorias angustias de la tierra»²⁷ los únicos fondos disponibles estaban en poder del Comercio del Perú, cuyos miembros —como apuntillaba el presidente— se habían «negado a sufragar cantidad alguna» para completar el préstamo de 50.000 pesos solicitado por el virrey. Evidentemente a Araujo le había llegado la hora de vengarse por lo que el Comercio le había negado el seis de diciembre de 1740.

Teniendo en cuenta estos datos, no puede extrañarnos que el Real Acuerdo decretase el día 22²⁸ que el presidente Araujo —quien se ofreció para ello— sacase «del Comercio del Perú que reside en esta ciudad 100.00 pesos, [a reintegrar de los 300.000] que han de venir de Lima»²⁹, los cuales debían remitirse de inmediato a Cartagena, porque ahora sí urgía el tiempo. Pero, ¿qué procedimiento debía emplear el Comercio para reunir el dinero exigido? Nada había resuelto el Real Acuerdo, quizá porque el especificar el sistema más lógico —el reparto entre los comerciantes en función del dinero transportado— sólo podía traer problemas. Efectivamente, en esos momentos en Quito no sólo había comerciantes con sus

(AGI, Escribanía de Cámara, cuaderno 14, f. 129v), como en su carta al rey de 25 de marzo de 1741, donde señala que los escritos que le habían presentado los comerciantes el día 23, «los he mandado llevar al Real Acuerdo para el primero día [...], pero como hemos entrado al punto de esta próxima pascua de Resurrección, no podrán verse hasta que ésta se concluya» (AGI Quito 134, expediente 38, f. 572).

La estratagema de Araujo no dio el resultado esperado, porque la Audiencia se reunió el 25 de ese mismo mes, temerosa sin duda de la entidad del grupo afectado.

²⁷ La situación de penuria de los vecinos la corrobora el visitador de las Cajas Reales, el exoidor de Quito Manuel Rubio de Arévalo, en su carta a Eslava de 10 de abril de 1741, donde le señala que «no hallo en toda la provincia cuatro hombres que puedan suplir a 2.000 pesos sin que queden cortados en su crédito» (AGI, Quito 134, f. 780v). Si bien esto era cierto, no podemos olvidar que dado el conflicto en el que vivía la sociedad quiteña y la pesquisa que tenía pendiente el presidente, lo que menos le interesaba a Araujo era soliviantar a los vecinos fieles o neutrales, porque introduciría un nuevo elemento en su contra.

²⁸ Firmaron el correspondiente auto el presidente Araujo y los oidores José Llorente, Pedro Gómez de Andrade y Esteban de Olais y Echevarría (AGI, Escribanía de Cámara 914C, cuaderno 14, f. 114).

²⁹ En el testimonio que manejamos se cercenó esta condición, que sí figura completa en otros documentos relacionados directamente con el embargo, como el acta de la saca del dinero de 23 de marzo o el auto de la Audiencia de 25 de marzo de 1741 (Ibidem, f. 116v y 137v, respectivamente).

caudales, sino también comerciantes que no tenían sus caudales allí, o caudales que estaban en Quito, pero no sus dueños³⁰, lo que hacía que fuera complicado conseguir los 100.000 pesos mediante una derrama³¹. Ante esta situación, el Real Acuerdo debió optar por no especificar nada en su decreto, con lo que el procedimiento quedó al arbitrio del propio Araujo.

Y así, el mismo miércoles 22 Araujo hizo comparecer al comisario Laviano «para el suplemento de dicha cantidad, y negándoseme a ello, le hice que convocase su Junta»³², a la que el escribano Domingo López de Urquía comunicó el auto de la obligada entrega de los 100.000 pesos; como era de esperar, los comerciantes tomaron el acuerdo de recurrir la orden, tras de lo cual levantaron la sesión. En opinión de Araujo, el Comercio tenía la intención de dilatar la entrega del dinero³³, por lo que, para evitarlo, a la hora y media de la primera notificación decretó que se le comunicase al comisario Laviano y a la Junta —que ya se había disuelto— que tenían una hora de plazo para resolver sobre la entrega efectiva de los 100.000 pesos, advirtiéndole que de no ser así «se darán todas las providencias más convenientes al real servicio, [...] sin esperar más respuesta ni razón, dando por consentimiento su taciturnidad». De nada le valió a Laviano decirle al escribano que necesitaba «ocho horas cuando menos para poder escribir» lo acordado por la Junta, porque pasado el plazo señalado, Araujo dio un nuevo auto ordenando a Francisco Javier Piedrahita, el alguacil mayor de corte, que de inmediato requisase cincuenta cajones de plata al diputado del Comercio don Pedro Gutiérrez Cosío para, al día siguiente «por ser ya tarde», sacar de ellos los 100.000 pesos, ya que se calculaba que cada cajón contenía unos 2.000 pesos³⁴.

³⁰ Del primer caso es ejemplo Gutiérrez Cosío, que tenía su plata en Riobamba, y del segundo Campuzano, que estaba en Cartagena, aunque no su dinero —o al menos no todo él—. A estas situaciones se refieren los comerciantes cuando exponían que habían salido muchos de ellos, «unos a la ciudad de Cartagena a hacer sus empleos con los caudales que tuvieron y otros para la ciudad de Los Reyes con la ropa [en] que han empleado, y todos con licencia de vuestra señoría» (Primer escrito de los comerciantes a Araujo del 23 de marzo de 1741. Ibidem, f. 125).

³¹ Esta circunstancia la reconoce paladinamente Araujo en el decreto del día 23 de marzo por el que ordenaba la toma física del dinero, al escribir que de «hacerse repartimiento en cada uno de los individuos de dicho Comercio, fuera demorar el tiempo y frustrar la urgencia en que se halla la expresada plaza de Cartagena» (Ibidem, f. 115v). Algo parecido dice en la carta que sobre el tema escribió al rey el 25 de marzo de 1741, donde añade que se «gastaría mucho tiempo en actuar la prorrata y aprontar entre muchos disgustados el dinero en débiles cantidades, formando cada uno impertinentes disputas con que excusarse» (AGI, Quito 134, expediente 38, f.572).

³² Estos datos sólo figuran en la carta que Araujo escribió al rey el 25 de marzo de 1741 (AGI, Quito 134, expediente 38, f.572).

³³ Así se desprende del arranque del decreto de 22 de marzo por el que Araujo ordenaba la requisa, ya que se dice que «ha llegado a concebir, por noticia extrajudicial, la resistencia que ha resuelto el Comercio de subvenir a tan urgente socorro valiéndose de los débiles pretextos de demorarlo» (AGI, Escribanía, de Cámara 914C, cuaderno 14, f. 114).

³⁴ Este dato lo conocía Araujo porque figura en un escrito que el 15 de julio de 1740 le entregó en Babahoyo el arriero de Chimbo Andrés de Arregui, en nombre propio y de «los demás due-

3. LA DESIGNACIÓN DEL DIPUTADO PEDRO GUTIÉRREZ COSÍO.

¿Por qué señaló Araujo a Gutiérrez Cosío³⁵? Según el decreto de la requisa dado por el presidente el día 22 «por la mucha porción de cajones [de plata] que consigo introdujo, a que se ha agregado el número ventajoso que produce el 3% [sobre la plata] que está exigiendo en esta ciudad».

Pero, ¿era eso cierto? Sobre «la mucha porción de cajones que consigo introdujo», hemos de señalar que no sabemos ni cuántos cajones llegaron a Quito ni quiénes los tenían a su cargo³⁶, por lo que tenemos que conformarnos con manejar los datos relativos a la plata y a las personas que pasaron a Panamá en 1739 según recoge la «Memoria de los comerciantes que componen el Comercio del Perú y los cajones que cada uno trae»³⁷ —vid. cuadro, primera y segunda columna—. Dando como válidas —aunque no lo sean en su totalidad— la cifras de la ‘Memoria’, de ellas se desprende que Gutiérrez Cosío no era quien más plata transportaba, ya que por encima de él estaba Bartolomé Pinto con 489 cajones, Faustino Alvarez con 196, e igualado a él Perfecto del Castillo, con 189, todos los cuales se encontraban en Quito en las fechas de la requisa; tras ellos venían varios comerciantes con un número suficiente de cajones como para asegurar el apresamiento de los 100.000 pesos, pues se calculaba que cada cajón contenía unos 2.000 pesos. Pero con respecto a los cajones transportados por Cosío, hay que tener en cuenta que en esos momentos los propios los tenía en Riobamba, pues los 49 que tenía en Quito pertenecían a Félix Campuzano y a otras personas que no se nos indican³⁸, circunstancia que era pública entre los miembros del Comercio y que el propio Araujo declaró conocer³⁹.

ños de mulas, por quienes presto voz» (RAMOS GÓMEZ [1], p. 55). La suma indicada por el arriero es baja, pues la media de lo que contenían los cajones abiertos por orden de Araujo era, más o menos, de 2.235 pesos.

³⁵ En su carta al rey de 25 de marzo de 1741, Araujo niega que fuese él quien seleccionó a Cosío de entre los comerciantes, ya que dice que su obrar estuvo «unido a una declaración expresa de esta Real Audiencia, sin deliberar arbitrio mío propio» (AGI, Quito 134, expediente 38, f. 572).

³⁶ El 25 de septiembre de 1740 Eslava le pidió a Araujo el correspondiente listado, pero no parece que lo realizase el presidente; así se deduce de que no lo adjuntase a su carta al rey de ocho de septiembre de 1741, y sí incluyese el de los comerciantes y cajones que había llegado a Panamá en 1739 (AGI Quito 127, f. 394; el documento en el f. 15 de los testimonios adjuntados).

³⁷ El número de comerciantes reseñados es de 74, siendo 3.050 los cajones transportados, que a razón de 2.235 pesos por cajón —vid nota 34— hacen un total de 6.816.750 pesos, cifra inferior a la indicada por Walker, quien señala que al salir el Comercio de Panamá, faltaban más de 3.000.000 de pesos de los 11.734.192 que habían llegado en 1739 (Geoffrey J. WALKER, *Política española y comercio colonial (100-1789)*, Barcelona, Ariel, 1979, p. 254).

³⁸ Según la citada ‘Memoria’ —vid. cuadro, columnas primera y segunda—, Campuzano llevó 91 cajones, 49 de los cuales tenía a su cargo Cosío en Quito; estos cajones parecían pertenecer a cuatro personas distintas, según las marcas que llevaban (vid. nota 52).

³⁹ Así se indica en el testimonio dado por López de Urquía el día 24 de marzo, a petición del comisario Laviano (AGI, Escribanía de Cámara 914C, f. 135v).

Con respecto a que a la plata que había transportado «se ha agregado el número ventajoso que produce el 3% [sobre la plata] que está exigiendo en esta ciudad»⁴⁰, hemos de señalar que en el acta de la requisa no se señala cantidad alguna de esa procedencia, lo que concuerda con lo afirmado por los comerciantes en su primer escrito del día 23⁴¹: que la cantidad cobrada por el 3% «es cortísima» y que «no ha entrado en poder del dicho don Pedro y se ha distribuido toda, por libranzas de Lima, en pagar a diferentes interesados».

Si de lo dicho cabe concluir que ni Cosío tenía en Quito sus 189 cajones, ni plata del impuesto del 3%, es obligado preguntarse el por qué fue escogido para sufrir la requisa, sobre todo si a eso añadimos que los comerciantes, en su segundo escrito del día 23⁴², dicen que «ha habido muy particulares motivos» para embargarle. Entre las posibles causas que movieron al presidente de Quito no podemos dejar de lado la de que Cosío, como diputado del Comercio, quizá hubiese tenido algún enfrentamiento directo con Araujo tanto por el traslado de los caudales de los comerciantes entre Guayaquil y Quito, como por la irregular salida de los cajones y comerciantes de Quito, o que se hubiese señalado particularmente en el rechazo del préstamo de los 38.000 pesos solicitado por el presidente en diciembre del año anterior, o en alguna otra cuestión. A estas causas debemos añadir la posibilidad de que con su decreto, Araujo se estuviese vengando de que Cosío había sacado los cajones de Quito sin contribuirle cantidad alguna, como parece que habían hecho otros comerciantes⁴³.

Pero no podemos olvidar otro hecho: el dinero tomado no era, al fin y al cabo, de Cosío, sino de Félix Campuzano y de otras personas conectadas con él, por lo que debemos preguntarnos si la acción de Araujo no iría dirigida contra los dueños del dinero y no contra Cosío, quien al fin y al cabo sólo era su depositario. Esta suposición podemos en cierta forma ponerla en relación con el dato que nos dan los comerciantes en su segundo escrito del día 23 de marzo: que Félix Campuzano «pasó a Cartagena con licencia de vuestra señoría, contra la orden del excelentísimo señor virrey del Perú» ¿No tendría Araujo alguna cuestión pendiente con ese comerciante, a quien antes había favorecido?

⁴⁰ Este porcentaje lo había impuesto el Comercio a sus miembros para cubrir las entregas pactadas para la defensa del Perú y Nueva Granada.

⁴¹ AGI, Escribanía de Cámara 914C, cuaderno 14, f. 125.

⁴² *Ibidem*, f. 131v.

⁴³ Fueron varios los comerciantes que acusaron a Araujo de haber cobrado o recibido regalos por haber facilitado el paso de hombres y caudales cuando debería haber actuado de forma contraria. Por eso no es extraño que en el interrogatorio general realizado el dos de octubre de 1743 por su juez pesquisador Manuel Rubio de Arévalo, una de las preguntas versase sobre esa cuestión (AGI, Escribanía de Cámara 915A, cuaderno 3, f. 1).

4. LA TOMA DE LOS 100.000 PESOS⁴⁴

Y en cumplimiento de lo ordenado por Araujo, como a las siete de la tarde del día 22 de marzo de 1741, el alguacil mayor de corte Francisco Javier Piedrahita, el escribano López de Urquía y dos ayudantes pasaron a la morada de Pedro de Cosío a embargar 50 cajones de los que sacar los 100.000 pesos exigidos; nada sospechaba Cosío de lo que se había resuelto contra él, porque, como tenía por costumbre, se encontraba de visita en una casa que no se nos indica, en donde fue localizado y avisado, tras de lo cual retornó a su domicilio de inmediato. Allí, al ser notificado del decreto de Araujo, protestó por el procedimiento, la forma y la hora, y también porque se le requisaban cajones que no eran suyos, sino de Félix Campuzano, que los había dejado a su cargo. De nada le valieron estas alegaciones, porque la requisa se efectuó en los 49 cajones que había en el almacén de la casa, donde quedaron bajo custodia⁴⁵, dejándose para el día siguiente la cuenta de la suma contenida en ellos «por ser ya tarde», yendo Piedrahita a comunicar a Araujo lo ocurrido y, sin duda, Cosío a su comisario.

El día 23 de marzo culminó la requisa, viviéndose momentos bastante tensos. Por lo que concierne a la operación, el día comenzó cuando los comerciantes entregaron al escribano López de Urquía un escrito —el primero de esa fecha— en el que protestaban contra lo decretado el día anterior y en el que pedían que se paralizasen las actuaciones, lo que desoyó Araujo, quien se limitó a ordenar que se llevase «al Real Acuerdo para el primer día, sin perjuicio de lo mandado», sin reunirlos. Pero Araujo no sólo había previsto que los comerciantes recurriesen, sino también que resistiesen de alguna otra forma el embargo, ya que aproximadamente a las 10 de la mañana, «acabada la visita de cárcel y dádose el punto de Pascua», él en persona se dirigió a la casa de Cosío para dirigir la operación, en la que también participaron el alguacil mayor, el escribano y algunos comerciantes quiteños⁴⁶, que ayudaron posteriormente en la cuenta de los pesos.

⁴⁴ Principalmente podemos aproximarnos a la reconstrucción de los hechos a través de tres testimonios dados por el escribano Domingo López de Urquía, dos realizados a petición del presidente el día 22 y 23, y otro hecho el día 24 de marzo a solicitud del comisario Laviano; aunque los dos últimos documentos narran lo sucedido el día 23, su texto difiere en ocasiones, sin duda porque el uno fue hecho a petición de Araujo y el otro de Laviano (AGI, Escribanía de Cámara 914C, cuaderno 14, f. 114v, 116v y 135).

⁴⁵ El que Araujo hubiese ordenado que los cajones quedasen bajo custodia se interpreta como un insulto en el escrito de Juan de Berria, diputado del Comercio del Perú, que vio el Consejo en 1742, ya que con esa medida se quebró «la confianza que siempre y entre todos se ha sabido grangear el Comercio de Lima» (Escribanía de Cámara, 914C, pieza 10, f. 86v). Sin embargo de lo dicho, Araujo afirmó en su carta al rey de 25 de marzo de 1741, que lo actuado hizo que los comerciantes comenzaran a ocultar sus caudales (AGI, Quito 134, expediente 38, f. 572).

⁴⁶ Habían sido convocados por Araujo, y eran Fernando e Ignacio Merisalde, Tomás Tineo, Andrés Aquete, Ignacio Ruiz y Juan Enríquez. En la contribución hecha por los vecinos y mercaderes quiteños en 1740 para recaudar 50.000 pesos, los dos Merisalde y Ruiz aportaron la cantidad normal de 100 pesos y Enríquez 150; por su parte Tineo y Aquete no aparecen (Ramos Gómez [10], p. 166).

En la casa de Cosío, los comerciantes limeños estaban reunidos en Junta, ante la que no compareció Araujo, quien únicamente tuvo trato con Laviano, Gutiérrez Cosío y con un primo de éste, llamado Miguel de Goya⁴⁷. La conversación que mantuvo el presidente con Cosío y el comisario Laviano⁴⁸ fue tensa, iniciándose con la protesta de éstos por la medida tomada contra el Comercio y el modo de su aplicación, así como por no haber considerado Araujo el escrito que se le había dado aquella misma mañana. El presidente, por su parte, les acusó de querer inhibirse de sus obligaciones como vasallos de la Corona⁴⁹, a lo que los comerciantes respondieron que nadie había contribuido más que ellos a las necesidades de la guerra y que todo lo obrado por Araujo se debía a «la mala voluntad» que tenía para con el Comercio limeño. Según el testimonio dado a Araujo el día 23, Laviano «con voces altas y destempladas prorrumpió algunas razones de amenaza» contra el presidente, las cuales «desabrieron e inmutaron el ánimo» de Araujo, circunstancia que a decir del escribano sólo se reflejó en su rostro⁵⁰ y en la afirmación de que «esto padezco y sufro por servir a su majestad y atender a la defensa de estos dominios, [y] por la inconveniencia con que me hallo de ministro[s ejecutores]»⁵¹.

Dado el cariz que había tomado la conversación, Araujo optó por cortarla, y mientras Cosío y Laviano se reintegraban a la Junta del Comercio, el presidente, su grupo y Miguel de Goya pasaron al almacén donde se encontraban los cajones y efectuaron el recuento de los 100.000 pesos; la citada cantidad se obtuvo de las sumas contenidas en 44 cajones y parte de otro, los cuales pertenecían a cuatro propietarios, según se desprende de las marcas que llevaban⁵². Mientras se contaba la

⁴⁷ Miguel Goya no aparece en el listado de los comerciantes que fueron a Panamá, si bien firma tres de los cuatro escritos del Comercio, aunque en último o penúltimo lugar. Este hecho, el que sea quien entregó a López de Urquía el primer escrito de los comerciantes y el que les represente en el acto de la apertura de los cajones, hacen suponer que desarrollaba tareas de escribano.

⁴⁸ Del testimonio dado a Araujo el día 23, se desprende que Cosío y Laviano hablaron con el presidente por separado, mientras que del dado a Laviano el día 24 se concluye que lo hicieron conjuntamente, lo que nos parece más lógico.

⁴⁹ Esta acusación sólo figura en el testimonio dado a Laviano el día 24 y en la carta de Araujo al rey del día 25 de marzo.

⁵⁰ En la carta que Araujo escribió al rey recién pasado el hecho, en concreto el 25 de ese mes, señala que a Laviano y a Cosío les «disimulé su demasiado orgullo y audacia embotándolos en mi silencio y compostura, con notable admiración de los circunstantes» (AGI, quito 134, expediente 38, f. 572).

⁵¹ Araujo alude a que no tiene soldados para hacer respetar lo legislado o sus actuaciones; a este respecto conviene recordar que en 1737, sin autorización alguna, levantó una compañía de 12 soldados, que hubo de anular a fines del mismo año (Luis RAMOS GÓMEZ, «El 'bien común' como pretexto del presidente José de Araujo para crear una compañía de soldados y prohibir el aguariente de caña en Quito en 1737», *Revista Andina*, año 11 n.º 2, Cuzco, 1994, pp. 381-401).

⁵² El dinero iba en «pesos en plata doble [...] y reales de a cuatro», si bien tres de ellos contenían pesos en reales de a dos. Los cajones estaban numerados y con marcas de propietario, pero por ellas no podemos saber cuáles eran de Campuzano y cuáles no.

cantidad se produjo otro momento de tensión, al presentarse el comisario Manuel Laviano en compañía del escribano Alejo Montes de Oca, quien entregó a Araujo un nuevo escrito del Comercio en contra del secuestro —el segundo de ese día— y a quien Laviano solicitó le diese testimonio de su protesta contra la requisa⁵³.

En contra de lo que había ocurrido entre el día 13 y el 21, ahora Araujo sí tenía prisa, por lo que en ese mismo día 23 ordenó enzurronar y remitir sin demora a Cartagena los 100.000 pesos requisados, para lo cual incluso mandó que «un ayudante de este gobierno pase a recoger mulas y que estén prontas para la conducción»⁵⁴. Sin embargo el envío no fue inmediato, ya que no fue hasta el 28 de marzo cuando el situadista acostumbrado, Juan Antonio Valanzategui, compareció en compañía de sus fiadores⁵⁵, otorgándosele la conducción por el porcentaje acostumbrado —lo que hacían 2.500 pesos—, con la condición de que en el plazo de un año presentase el correspondiente recibo de haber efectuado la entrega⁵⁶.

5. LOS ESCRITOS ELEVADOS POR EL COMERCIO A ARAUJO Y A LA AUDIENCIA.

La reacción formal de los comerciantes se plasmó en tres escritos. Los dos primeros se le presentaron a Araujo en dos momentos muy distintos del día 23 de

Veintiséis cajones tenían dibujada una 'A' con una 'C' en su vértice y una 'L' acoplada a su brazo derecho, y contenían cantidades que oscilaba entre los 2.244 y 2.262 pesos, si bien la gran mayoría tenía 2.250 pesos; la cifra total requisada a su propietario fue de 58.006 pesos, cuatro reales, habiéndose tomado de uno de ellos sólo 1.752 pesos, ya que con esa suma se completó la cantidad estipulada de 100.000 pesos. Quince cajones estaban marcados con una 'L' en cuya parte superior se había colocado una 'C' y en cuyo trazo vertical se había sobrepuesto una 'S'; en general contenían 2.200 pesos, siendo la suma total tomada de 32.995 pesos y cuatro reales. Tres cajones estaban marcados con un trazo vertical cruzado por una 'S', el cual estaba coronado por un rombo; cada cajón contenía 2.250 pesos, por lo que la suma aprendida fue de 6.750 pesos. Un único cajón estaba marcado con una 'N' cuyo brazo derecho servía también para trazar una 'T' y una 'E', habiéndose colocado en su parte baja una 'o' minúscula; la cantidad que contenía era de 2.248 pesos (Testimonio del día 23 de marzo. AGI, Escribanía de Cámara 914C, cuaderno 14, f. 118v).

⁵³ No conocemos el testimonio dado por Montes de Oca. Por lo que respecta al episodio, éste se nos narra de forma poco concreta en el testimonio del día 23 y lo recoge Laviano en su escrito a la Audiencia del día 25 (Ibidem, f. 118 y 134v, respectivamente).

⁵⁴ Ibidem, f. 121v.

⁵⁵ Estos eran Antonio Muñiz, capitán del Comercio de Quito, Pedro Fernández Salvador, vecino, y Tomás Tineo, que se califica de residente y que era uno de los comerciantes que, por requerimiento de Araujo, asistió al secuestro de los 100.000 pesos. Este último no figura en la lista de los vecinos y mercaderes que en 1740 aportaron 10.320 pesos, donde sí se reseña a Muñiz, nada menos que con 1.000 pesos, y a Fernández Salvador con la cifra normal de 100 pesos (RAMOS GÓMEZ [10], p. 466).

⁵⁶ AGI, Escribanía 914C, cuaderno 14, f.121. Desconocemos el momento de la salida de los 100.000 pesos de Quito, pero fue antes del 10 de abril, ya que en esa fecha Manuel Rubio de Arévalo, visitador de las Cajas Reales, le indicó al virrey Eslava que ya había salido la plata de Quito (AGI, Quito 134, f. 780v). Tampoco sabemos la fecha de su llegada a Cartagena, pues sólo tenemos el dato de que el 14 de octubre de ese año, por segunda vez Eslava le comunicó a Araujo que el dinero ya estaba en sus manos (AGI, Escribanía de Cámara 914C, cuaderno 14, f.138v).

marzo y los firmó el conjunto del Comercio⁵⁷ —vid cuadro, cuarta y quinta columna— y el tercero lo elevó el comisario Laviano a la Audiencia el día 25⁵⁸, quien lo falló en esa misma fecha. El primer escrito del día 23 se le entregó a Araujo antes de que éste fuese a casa de Cosío y era la contestación al decreto del Real Acuerdo del día 22⁵⁹; el segundo de ese día se le dio al presidente durante la incautación de los 100.000 pesos y en él, entre otras cosas, el Comercio se quejaba de que Araujo hubiese actuado sin haber dado curso a la primera representación, tema que así mismo aparece en el escrito que presentó el comisario Laviano a la Audiencia el día 25, y en el que también contrapone lo actuado en Quito a lo obrado en Cartagena por el virrey Eslava⁶⁰.

De los tres escritos, el más completo es el primero, en el que los comerciantes tratan por extenso de las razones por las cuales creían que lo decretado contra ellos no se ajustaba a Derecho, razones que en parte se repiten en los demás documentos. El principal argumento que manejaban era que la carta que había originado todo el episodio —la escrita el 28 de noviembre de 1740 por Eslava—, no sólo no afectaba al Comercio de Lima⁶¹, sino que contradecía el espíritu de las

⁵⁷ El primer escrito está firmado por 18 comerciantes, y el segundo por 19, no coincidiendo siete personas (AGI, Escribanía de Cámara 914C, cuaderno 14, f.125 y 131v, respectivamente). La cifra viene a concordar con la dada por Araujo en su carta de ocho de septiembre de 1741, donde decía que a Quito habían llegado «unos 25», pero no se ajusta a la que cabe deducir del dato que da el Comercio en el segundo de sus escritos del día 23, pues afirma que a pesar de los que han partido de Quito «todavía han quedado muchas personas del Comercio en la ciudad», pues ¿cuántos habían llegado si firmaban 19 y habían partido muchos?

⁵⁸ El escrito de Laviano no tiene fecha, y aunque puede ser del día 24 o del 25 de marzo, día en que la Audiencia lo estudió, le hemos otorgado la segunda fecha; iba acompañado del testimonio que el día 24 dio López de Urquía sobre lo sucedido en los precedentes (Ibidem, f. 133).

⁵⁹ Lo acompañaban dos cartas de Eslava a Laviano, una de 25 de octubre y otra de cinco de noviembre de 1740, así como el título de Laviano, que no se adjunta a los autos, sino sólo su presentación en Panamá (Ibidem, f. 130, 129v y 130v, respectivamente).

⁶⁰ A la actuación de Araujo, Laviano contrapuso el proceder del virrey Eslava en Cartagena —que dice que conoce por carta de 14 de noviembre—, quien sólo solicitó al Comercio un préstamo de 200.000 pesos cuando supo que Lima había remitido a Panamá 800.000 pesos, contra los que dio las correspondientes libranzas, «sin que se haya experimentado que precipitadamente se hayan abierto cajones contra los privilegios del Comercio, que no permiten esta apertura ni de los fardos, ni ocuparse en Cartagena con violencia los caudales, cuando hubiera sido esto muy fácil, por hallarse en aquella ciudad más de 6.000.000» de pesos.

Laviano también le recordaba a la Audiencia de Quito que la de Santa Fe había tenido que devolver sus caudales a Domingo de Miranda tras ser reprobada su requisa por el virrey Eslava, a causa de «la violencia con que se hizo y por no ser vecino de Santa Fe el dueño de este caudal, significando que aquella real Audiencia sólo debió actuar con templanza y sin violencia, y en los vecinos de su distrito, el repartimiento para la contribución».

⁶¹ Señalaban los comerciantes que para ellos «tiene dadas su excelencia particulares órdenes y providencias», alusión que se refiere a la carta escrita por Eslava el 25 de octubre de 1740, en la que pedía que le adelantasen los 300.000 pesos que había de remitirle Lima. Además, en su escrito de 25 de marzo, Laviano argumentó que aunque el virrey le escribió «en la misma ocasión, no me

órdenes dadas por el virrey Eslava en las cartas que el cinco de noviembre de 1740 había escrito a Laviano y al presidente Araujo, en las que había ordenado mirar «al Comercio con la lástima y temperamento que corresponde a las calamidades que ha padecido»⁶².

Pero no se paraban ahí los comerciantes, pues señalaban que quienes debían aportar los fondos que había que remitir a Cartagena era la Real Hacienda de Quito y «los vecinos de esta ciudad y sus provincias», indicando en el segundo de sus escritos que algunos de ellos tenían «caudales muy conocidos, [«como se protesta justificar la suficiencia de ellos»], de los cuales se pudiera tomar el suplemento necesario repartiéndolo entre diferentes personas para que así fuese menos gravoso cualquiera suplemento». Que contribuyesen los vecinos era, para los limeños, una cuestión de lógica, pues les parecía inimaginable que se dejase a «la vecindad [de Quito] libre de esta obligación [de contribuir], recargándola toda en el Comercio [de Lima] después de los atrasos, quebrantos y pérdidas que [éste] ha padecido en el suceso de la armada (nunca experimentado hasta aquí) y después de haber contribuido más de 900.000 pesos para esta urgencia» de la guerra⁶³.

También argumentaban que todo lo obrado no tenía validez, porque el Comercio dependía directamente del superior gobierno de Lima, lo que obligaba también a Quito «aunque los [tribunales] de estas provincias hoy no reconozcan sujeción al señor virrey del Perú». El que Lima fuese quien tuviese la última palabra era un hecho según ellos reconocido por el propio virrey de Santa Fe, quien en carta a Araujo y a Laviano —cartas que no citan— había declarado «que en todos estos negocios y dudas que se ofrecen se observen las órdenes del señor virrey del Perú»⁶⁴.

manda concurrir a esta contribución, ni que haga contribuir al Comercio»; lamentablemente la citada carta no se adjunta a los autos ni la hemos podido localizar en AGI.

⁶² Tal texto no se escribe en ninguna de las cartas citadas, aunque sí se lee que al «alivio [del Comercio] deseo cooperar en atención a los muchos quebrantos que ha padecido, sin poderse alcanzar el término en que podrá lograr su descanso» (Eslava a Araujo AGI, Escribanía de Cámara 914C, cuaderno 10, f. 155v).

⁶³ Nada nuevo dicen los comerciantes con respecto a los 900.000 pesos y a los intereses sobre la plata -vid. nota 15-, si bien añaden que a esas cifras había que sumar los aproximadamente 400.000 pesos «que se pagaron de derechos reales para salir la armada del puerto de El Callao».

⁶⁴ El referido texto no existe en las cartas que adjuntan a su petición: las escritas por Eslava a Laviano el 25 de octubre y el cinco de noviembre de 1740, como tampoco en la escrita a Araujo en esta última fecha. Sin embargo sí hay un párrafo en la carta escrita por Eslava a Laviano el 31 de diciembre de 1740 que, convenientemente manipulado y sacado fuera de contexto, puede leerse en la forma que al Comercio le interesaba; dice así el citado párrafo: «he recibido la carta de vuestra merced de 25 de octubre en que repite la instancia que me tiene hecha de que prevenga al presidente de Quito la puntual ejecución de las órdenes expedidas por el señor virrey de Lima a satisfacción de ese Comercio, y deseando yo igualmente contemporizar con mis providencias, escribí a vuestra merced en cinco de noviembre incluyendo copia de la carta que con la misma fecha remití al expreso presidente para que dedicase su mayor atención al cumplimiento de aquellas órdenes como si fuesen mías y tratase de promover los mejores medios para el transporte y menos costo de ese

Como conclusión de todo lo argumentado, los comerciantes le pedían a Araujo que sobreseyese lo ejecutado y devolviese, «el negocio a la Real Audiencia para que en ella se den los expedientes necesarios en orden a que de los vecinos de estas provincias se recauden los 100.000 pesos, dejando al Comercio libre [...] para el cumplimiento de lo que resolviera el [...] virrey del Perú [...] y que en su conformidad se dejen libres los caudales, alzándose cualesquiera embargos de los que particularmente están hechos de los cajones que están a cargo de dicho diputado [Cosío]». Por su parte, Laviano pidió que los cajones no salieran de Quito hasta que la Audiencia no resolviera.

Poco efecto tuvieron los argumentos expuestos en los escritos elevados a Araujo y a la Audiencia, porque el fallo de ésta del día 25⁶⁵ fue muy poco favorable a los intereses de los limeños al ratificar el auto del día 22, aunque se introdujeron varias medidas que eran claro reflejo de que había habido defectos graves en lo actuado. En primer lugar se venía a reconocer que quienes deberían haber contribuido al préstamo eran los vecinos y comerciantes de Quito, pues se le daba la oportunidad al Comercio de recuperar los 100.000 pesos de lo que aquéllos aportasen, para lo cual se le pedía al comisario que «denuncie los caudales que en ella [—en Quito—] dice haber, para que de ellos se reintegre este suplemento»⁶⁶. También reconoció la Audiencia que la decisión de tomar los 100.000 pesos a una única persona no había sido acertada, pero no ordenó su devolución, sino que el Comercio se la reintegrase a Cosío tras repartir la cantidad «entre todos los individuos [...] del Comercio], conforme al registro de los caudales que sacaron de Lima»⁶⁷.

Comercio, y así queda evacuada la súplica de vuesa merced» (AGI, Escribanía de Cámara 914C, cuaderno 10, f. 126).

Como prueba también citan la orden que el virrey Eslava dio a Laviano en su carta de 25 de octubre de 1740, si bien lo que en realidad dijo Eslava fue que caso de que le adelantasen los 300.000 pesos que pedía, los comerciantes «participarán [...] su resolución» al virrey limeño, a causa «de que su reintegro ha de quedar al cuidado de dicho señor virrey» (AGI, Escribanía 914C, cuaderno 10, f. 130).

⁶⁵ Por estarse celebrando la Pascua, la Audiencia se reunió en sesión extraordinaria el 25 de marzo. Firman el auto José de Araujo, José Llorente, Pedro Gómez de Andrade, Esteban de Olais y José de la Quintana. Ni en este momento ni en ningún otro, la Audiencia recabó la opinión del fiscal Juan de Valparda, según él mismo señala en un parecer que dio el cinco de septiembre de 1741, en el que, por cierto, considera legal la requisa de los 100.000 pesos (AGI, Escribanía de Cámara, pieza 11, f. 17).

⁶⁶ Ni los comerciantes ni Laviano presentaron ninguna relación de vecinos con caudales, quizá porque no los había con fondos líquidos. Sin embargo debemos recordar que en la carta que Araujo escribió al rey el 18 de diciembre de 1740 sobre lo ocurrido en la recaudación de los 50.000 pesos solicitados por el virrey Eslava, además de citar al marqués de Maenza y a su padre Gregorio Mateu como hombres de caudal, señala a «don Gabriel Zuleta y [a] don Diego de Nava, que teniendo 100.000 pesos de caudal, sólo han prestado los dos 100 pesos» (AGI Quito, Escribanía de Cámara 914C, cuaderno 10, f. 118).

⁶⁷ Esta misma idea aparece en la carta que escribió Araujo al rey el 25 de marzo de 1741, en donde dice que en los días siguientes Laviano podía hacer «con sosiego la prorrata [de la suma] entre sus individuos, para reintegrarlos a don Pedro Cosío» (AGI, Quito 134, expediente 38, f.572).

Para nosotros es evidente que los comerciantes habían temido que la resolución de la Audiencia fuese similar a la tomada, por lo que 25 de ellos firmaron un escrito —vid. cuadro, columna sexta— que atañía particularmente a Araujo, a quien veían como su principal enemigo; ese documento le fue entregado personalmente al presidente por Manuel Laviano en presencia del escribano Alejo Montes de Oca, «a horas de las doce y tres cuartos del día, en que salía su señoría del acuerdo extraordinario». En el citado documento los comerciantes le decían a Araujo que «tienen a vuestra señoría —hablando con el debido respeto que deben— por odioso y sospechoso para el conocimiento de todas y cualesquiera causas que se les ofrezcan, y usando del remedio natural —hablando con el mismo respeto— recusan a vuestra señoría para que se sirva de abstenerse de dichas sus causas»⁶⁸. Ciertamente, las relaciones entre el Comercio y Araujo se habían roto ese 25 de marzo de 1741.

6. EL ESCRITO DE ARAUJO AL VIRREY ESLAVA Y LA CONTESTACIÓN DE ÉSTE.

Para Araujo era evidente que el Comercio del Perú pediría amparo al virrey del Perú y recurriría el embargo ante el de Santa Fe y el rey, por lo que decidió adelantarse a los acontecimientos mediante dos procedimientos. El primero fue el de remitir de inmediato su propia versión de los hechos al menos a Eslava —cartas de 23 y 26 de marzo y primero de abril— y al rey —carta del 25 de marzo—; y el segundo, el de bloquear al contrario todo lo posible dilatando la entrega del testimonio de lo ocurrido⁶⁹.

Con respecto a los escritos que remitió a Eslava, hemos de señalar que no conocemos los que cursó el 23 y 26 de marzo y primero de abril de 1741, aunque sí tenemos constancia de la respuesta que a todos ellos dio el virrey el 14 de octubre de

El que el reparto tuviera que hacerse sobre los caudales que el Comercio había sacado de Lima y no sobre los que en ese momento había en Quito, era una forma de bloquear el tema, ya que la diáspora de los comerciantes y de los caudales hacía imposible acometer la tarea.

⁶⁸ Aunque este documento no forma parte del testimonio remitido por Araujo sobre la toma de los 100.000 pesos, sin duda estuvo provocado por este tema (AGI, Escribanía de Cámara 914C, cuaderno 10, f. 131v).

⁶⁹ Según Araujo, Laviano se había quejado al rey de la utilización de este mecanismo en su perdida carta de seis de mayo de 1741, a la que contrapuso Araujo su versión en los puntos 19 y 20 de la carta que escribió al rey el ocho de septiembre de 1741. En el primero de ellos señala que no se le dio de inmediato a Laviano el testimonio que había solicitado «porque primero se estuvo sacando un testimonio por orden de esta real Audiencia, con que di cuenta a vuestra majestad», no demorándose la entrega al comisario ni un mes. En el punto 20 se defiende de la acusación de Laviano de que «mandó esta Real Audiencia juntar a los autos de los 100.000 pesos los autos del viaje a Guayaquil, por dilatar el recurso y hacerle más costos al comisario», argumentando que puesto que en los escritos de los comerciantes se decía que «tengo mala voluntad al Comercio, también constase al mismo tiempo, en los autos del viaje a Guayaquil, la buena voluntad con que serví y alivié al Comercio» (AGI, Quito 127, f. 344).

ese mismo año⁷⁰. En su carta, el virrey le aprueba a Araujo lo obrado, las formas y el método empleado, alabándole también el haber actuado «con dictamen y expresa declaración de esa Real Audiencia». En cuanto al posible recurso del Comercio del Perú —que tanto temía Araujo—, consideraba Eslava que no podía «exponer perjuicio común de la extracción dirigida a un individuo, y más en las circunstancias de la presente guerra y con el reintegro tan próximo de verificarse con la remisión de los 300.000 pesos que me había de despachar el señor virrey de Lima». Pero lo más interesante de su carta son, posiblemente, las instrucciones que le da a Araujo sobre el futuro trato con el comisario Laviano, aconsejándole que no omitiese «aplicar sus más eficaces desvelos a la atención del comisario, de modo que deponga las sospechas del desafecto que presupone [...], y en cualquier caso tomar parecer del Real Acuerdo y procurar regir con la mayor reflexión todas sus operaciones». Evidentemente, Araujo podía estar contento con la respuesta del virrey, que recibió el 13 de marzo de 1742.

7. LOS ESCRITOS AL REY DE ARAUJO Y DEL DIPUTADO DEL COMERCIO DEL PERÚ JUAN DE BERRIA, Y LA REAL CÉDULA DE 30 DE DICIEMBRE DE 1742.

Araujo no sólo escribió a Santa Fe, sino también al rey. Lo hizo el 23 de marzo, y aunque después corrigió la fecha por la del día 25, en su texto no incluyó ninguna referencia ni al escrito de Laviano a la Audiencia ni a la resolución de ésta de ese mismo día, ni, por supuesto, a la recusación del Comercio⁷¹. De los temas que en ella trata y que no hemos citado hasta el momento, destaca la lectura que hace de la resistencia del Comercio a entregar los 100.00 pesos, y a su enfrentamiento directo con el comisario Laviano y el diputado Cosío, contra quienes lanza una acusación ciertamente muy grave, pues dice «que dichos dos individuos, en lo que tienen practicado según los privilegios y excepciones que se atribuyen, están muy cerca de eximirse de la sujeción de vasallaje; que aunque confiesan serlo con mucha fidelidad, sus obras contradicen el amor con que deben dedicarse y contribuir a la defensa de los dominios de vuestra majestad, al honor de vuestras católicas armas y al celo de la constante pureza de la religión, dejando tan tibia la voz de vasallos que sólo la acredita y publica la confesión de sus labios»⁷². Como lógico colofón a su

⁷⁰ AGI, Escribanía de Cámara 914C, cuaderno 14, 138v. Según indica Eslava, en la misma fecha había escrito a Laviano, no sabemos si por iniciativa propia o como contestación a una carta del comisario, posibilidad ésta que nos parece mucho más lógica.

⁷¹ Señala incluso que los dos escritos que le habían dado los comerciantes el día 23 «los he mandado llevar al Real Acuerdo para el primer día en que pudieran verse, pasada la Pascua» (AGI, Quito 134, expediente 38, f. 572).

⁷² También les acusa de «sembrar [...] algunas discordias con que acobardar mi rectitud, atribuyendo este influjo de mi celo a vuestro real servicio [...], a mala voluntad que me imputan a su Comercio», a lo que contraponía Araujo lo realizado por él en la subida del Comercio desde Guayaquil.

escrito, le pedía al rey que se advirtiese al comisario y al diputado «la reverente atención con que deben tratarme por la real confianza en el ministerio público, en la que la liberalidad católica de vuestra majestad se sirvió colocarme».

De la otra parte, es decir, de Laviano, en el Archivo General de Indias no hemos localizado la carta que el seis de mayo de 1741 escribió al rey sobre el tema, porque nunca llegó a Madrid⁷³. Sin embargo sí manejó el Consejo un escrito impreso de Juan de Berria, diputado del Comercio del Perú, que llegó a Madrid hacia septiembre de 1742⁷⁴ y que fue clave para la resolución del litigio entre el Comercio y el presidente.

En él, Berria hizo suyas las tesis expuestas por los comerciantes en Quito, a las que sumó la consideración de que lo que el virrey reclamaba eran los 50.000 pesos pedidos a los vecinos y comerciantes de Quito, por lo que habría que haber recaudado de ellos los 10.032 pesos que faltaban para completar la cantidad pedida. También se quejaba insistentemente de la arbitrariedad de la Audiencia y del Real Acuerdo, así como del procedimiento seguido por Araujo⁷⁵, que en lugar de proteger al Comercio y darle «todos los alivios y fomentos posibles», le provocó «el sumo dolor y sentimiento que se deja considerar». Como conclusión, Berria pedía que el Comercio fuese desagraviado «de la extorsión que le irrogaron el presidente y Audiencia de Quito con la voluntaria y violenta exacción de dichos 100.000 pesos, y de los precipitados, extraordinarios y ruidosos procedimientos con que, vulnerando su honor, su confianza y fidelidad, pasó a practicarla dicho presidente». También pedía al rey que «se sirva desaprobear enteramente la exacción de los 100.000 pesos [...] y todos los procedimientos que se practicaron para su ejecución [...], mandando [...] que no habiéndosele reintegrado dichos 100.000 pesos, se entreguen luego» de cualquier caudal existente⁷⁶.

Dos habían sido, pues, los escritos que habían llegado a Madrid sobre la requisa de los 100.000 pesos; por una parte la carta de Araujo de 25 de marzo de

⁷³ La noticia de su existencia procede de la carta de Araujo de ocho de septiembre de 1741, donde dice que Laviano «escribió a vuestra majestad en seis de mayo de este presente año [...] tomando asunto de los 100.000 pesos que por orden de esta Real Audiencia se le sacaron al Comercio para el socorro de la plaza de Cartagena», yendo acompañada la carta de dos certificaciones del escribano Agustín Capilla. La citada carta nunca llegó a Madrid, como señaló la secretaría en una nota puesta al pie del resumen de la carta de Araujo (AGI, Quito 127, f. 344).

⁷⁴ AGI, Escribanía de Cámara 914C, pieza 10, f. 85. A decir de la Secretaría del Perú en una nota puesta tras el resumen del escrito de Berria, éste iba acompañado de unos autos de gran volumen, que no hemos podido localizar.

⁷⁵ Se califica la actuación de Araujo con palabras nada elogiosas, pues se habla de «ruidosos, precipitados y extraños procedimientos», de obrar con «ligereza y poca reflexión», con «rigor, estrépito y violencia», o con «extraordinario rigor, violencia y tropelía».

⁷⁶ Aludía aquí Berria a un tema del que únicamente podemos apuntar que el 11 de septiembre de 1741, la Audiencia de Quito había decidido que no se le reintegrasen al Comercio los 100.000 pesos tomados a Cosío, basándose en que Lima sólo había remitido 200.000 de los 300.000 pesos solicitados por Eslava.

1741 y por otra la petición de Juan de Berria, ambas con sus correspondientes autos. Aunque los dos escritos habían llegado al mismo destino, corrieron muy distinta suerte, porque el escrito de Berria, por orden del Consejo de seis de septiembre de 1742, pasó al fiscal, lo que no ocurrió con la carta de Araujo, que debió traspapelarse; sin embargo sí se le pasó al fiscal la de Araujo de 18 de diciembre de 1740, en la que narraba lo acontecido con la fallida recaudación de los 50.000 pesos. Poco trabajo le costó al fiscal realizar su parecer, que fechó el 30 de ese mismo mes, ya que se limitó a seguir el escrito de Berria, visión que fue aceptada por el Consejo y que se reflejó plenamente en la real cédula de 30 de diciembre de 1742⁷⁷. En consecuencia, a Araujo el rey le comunicó «haber sido muy de mi real desagrado vuestros procedimientos contra el Comercio del Perú en los referidos 100.000 pesos que le mandasteis exigir en virtud de la carta de mi virrey don Sebastián de Eslava, entendida a vuestra voluntad, y la violencia con que lo ejecutasteis contra toda razón y modo que debe usarse con el experimentado celo del Comercio». Ciertamente las palabras del rey no podían ser más duras.

No sabemos cuándo llegó a Quito la real cédula de 30 de diciembre de 1742, pero no fue en el mejor momento de la vida política de José de Araujo, porque el primero de mayo de 1743 había sido desposeído de la presidencia al mismo tiempo que iniciaba sus tareas el juez pesquisidor Manuel Rubio de Arévalo, que había sido nombrado el 22 de abril de 1742.

9. EPÍLOGO

Como ya indicamos al inicio de este trabajo, una de las consecuencias de la Guerra de la Oreja fue la llegada a Quito de los comerciantes del Perú que habían acudido a Panamá para realizar feria en Portobelo. Mientras se debatía si el Comercio debía mantenerse agrupado a la espera de la celebración de una hipotética feria o si era preferible que se disgregasen sus miembros, las autoridades gubernativas del espacio en el que se encontraban los comerciantes intentaron parchear la falta de fondos con los caudales que transportaban, produciéndose episodios como los analizados.

Ciertamente los intentos del presidente Araujo de medrar en la política recurriendo a los caudales de los comerciantes fue la causa final del deterioro de sus relaciones con el Comercio, pues si en diciembre de 1740 ambos estaban distanciados, a finales de marzo de 1741 eran enemigos irreconciliables. Porque ¿de qué otro modo pueden interpretarse las palabras de Araujo de que los comercian-

⁷⁷ La resolución del Consejo en AGI, Escribanía de Cámara 914C, pieza 10, f. 96, y la real cédula en AGI, Quito 117, f. 689; en ambos documentos, así como en el parecer del fiscal, se recoge también el tema de la recaudación de los 10.320 pesos en razón de los 50.000 pedidos por Eslava en junio de 1740.

tes —polarizados en sus cabezas— estaban «muy cerca de eximirse de la sujeción del vasallaje»? Y, ¿cómo interpretar las palabras de los comerciantes de que tenían a Araujo por «odioso y sospechoso»?

Pero no debemos olvidar que todo esto se produjo en una ciudad que en aquellos momentos vivía inmersa en un virulento enfrentamiento de grupos de poder, contexto en el que se integra el episodio. Esto es lo que explica que en ningún momento del proceso de la requisa de los 100.000 pesos se le diese la vista al fiscal Juan de Valparda, ya que al ser éste la cabeza más visible del grupo rival de Araujo⁷⁸, el presidente temió que su actuación tuviese consecuencias políticas negativas para sus propósitos⁷⁹. Por si caben dudas acerca del peso de este conflicto entre los grupos de poder y de su influencia en todo suceso de la época, éste incluido, basta recordar un párrafo de la carta que el presidente Araujo escribió al rey el 25 de marzo de 1741 sobre la toma de los 100.000 pesos, donde interpreta el obrar de Laviano y Cosío como un efecto del «fatal influjo de vuestro fiscal don Juan de Valparda y la Ormaza, que olvida las más precisas obligaciones de su cargo por no borrar de la memoria el tesón de calumniarme fomentando tantos parciales cuantos se desagradan de mi vigilancia y procedimientos de mi gobierno, como en esta materia está aguijoneando a los dichos Laviano y Cosío para que aglomeren querellas contra mí por esta operación [de la toma de los 100.000 pesos] y tumultuándome desobediencias y desafectos»⁸⁰.

⁷⁸ Araujo y Valparda habían trabado amistad en Madrid, la cual se quebró a los pocos días de que el presidente comenzase a desempeñar su cargo —diciembre de 1736—, convirtiéndose en rivales. Araujo achacó a su mano las denuncias que contra su actuación salieron de Quito, varias de las cuales iban firmadas por el propio fiscal, y que fueron la causa de que el 31 de agosto de 1738 el rey ordenara que se le abriese juicio de pesquisa.

⁷⁹ La única referencia que al tema hizo Valparda es de varios meses después de la toma de los 100.000 pesos y fue, curiosamente, favorable a la actuación de Araujo (Parecer dado por Valparda el cinco de septiembre de 1741. AGI, Escribanía de Cámara, pieza 11, f. 17).

⁸⁰ AGI, Quito 134, expediente 38, f. 572.

CUADRO

DE LOS COMERCIANTES DEL PERÚ Y CAJONES CON PLATA LLEGADOS A PANAMÁ
EN 1739 Y DE LOS COMERCIANTES DEL PERÚ QUE FIRMARON
ESCRITOS EN QUITO EN 1740 Y EN 1741

NOMBRE	CAJONES A SU CARGO	1740 06-XII	1741 23-III ESCRITO 1	1741 23-III ESCRITO 2	1741 25-III
Acuña, Gregorio de	005				
Aldecoa, Juan Antonio	112				
Alvarez, Faustino	196	X	X	X	X
Angulo, Gerónimo	024				
Arangoiti, Antonio	012				
Archivaldo, José	005				
Arriaga, Jacinto	029			X	X
Baldissán, vid. VALDISAN					
Baldivieso, vid. FERNANDEZ VALDIVIESO					
Ballejo, Vid. VALLEJO					
Barba Cabrera, Felipe	008		X	X	X
Calatayud, Gerónimo	040				
Calixto, Nicolás	059				
Camborda, José	014				
Campuzano, Félix	091	X			
Cantón Salazar, Pedro	072		X	X	X
Casanova, José de	005				
Castillo, Felipe Perfecto del	189	X			X
Castillo, Miguel del	002				
Delgado Rico, Juan José	013	X		X	X
Duñaveitia y Echeverría, Adrián de	068	X	X	X	X
Espino, Sebastián de	014	X	X	X	X
Faurnaga, vid. LAURRUNAGA					
Fernández Valdivieso, Manuel de	019				X
Fuente, Gregorio de la	022				
Fuente, Manuel de la	015	X	X	X	X
Goenaga, Francisco	095	X	X	X	X
Gómez, Juan Francisco	011				
González, Felipe	004				
Goya, Miguel de		X	X		X

NOMBRE	CAJONES A SU CARGO	1740 06-XII	1741 23-III ESCRITO 1	1741 23-III ESCRITO 2	1741 25-III
Guerrero, Cristóbal	004				
Guinea, Juan Francisco	022	X		X	X
Gutiérrez Cosío, Pedro	189	X	X	X	X
Herrera, Gaspar Fernando de	026	X			
Hurtado y Jirón, Baltasar	024	X	X		X
Hurtado, Gerónimo	009				
Hurtado, José	004				
Jano, Andrés	051				
Jiménez, padre fray Agustín	051				
Laurrunaga, Pablo	020		X	X	X
Laviano, Manuel de	069	X	X	X	X
Layseca, Vid. MARTIN DE LAY- SECA					
Llanos, Juan de	012				
Losada, Juan Antonio de	051	X			
Martín de Layseca, Francisco	093				
Matienzo, Juan Antonio	028				
Merino, Lorenzo	004				
Mier de Terán, Juan Antonio	019				X
Minotte, José	014				
Miura, Juan Bautista	022				
Mora, Francisco	014	X	X	X	X
Negreiros, Domingo	086				
Negrón, José	017				
Novoa, Antonio	014				
Olavide, Martín de	083				
Oliva, Juan de la	006				
Ordóñez Ponce, Pedro	016	X	X	X	X
Ornuaga, vid. LAURRUNAGA					
Osorio, Felipe	021				
Panizo, Vid. SANCHEZ PANIZO					
Peña, Ignacio de la	011				
Peña, José de la	030	X	X	X	X
Piedra, Diego de la	017				
Pino, Pedro del	010				
Pinto de Ribera, Bartolomé	489		X	X	X
Pudra, Vid. PIEDRA					

NOMBRE	CAJONES A SU CARGO	1740 06-XII	1741 23-III ESCRITO 1	1741 23-III ESCRITO 2	1741 25-III
Quinu, Diego	012				
Rotalde, Miguel de	019				
Rubín de Celes, Diego			X	X	X
Rueda, José de	003				
Ruiz, Antonio	005				
Sánchez Panizo, Alfonso	032	X		X	X
Sanz Merino, Antonio	009				
Terán, vid. MIER DE TERAN					
Terce, Manuel de	003				
Torre, Manuel de la	148				
Unabeitia y Chavarria, VID. DUÑAVEITIA Y ECHEVARRIA					
Unamunzaga, Domingo	035				
Valdisán, Bernardo	003				
Valdivieso, Sebastián de	030				
Valdivieso, vid. FERNANDEZ VALDIVIESO					
Valle, Alonso de	032				
Vallejo, Diego	014				
Vargas, Félix de	008				
Villalva, Pedro	009				
Villapol, Pascual de	019				
Villar, Antonio del	019				
Ximénez, vid. JIMÉNEZ					
Zaldívar, Domingo de		X	X		X

The money from Peruvian trade that was transported to Quito in 1740 was seen by the viceroy of Santa Fe and by the president of Quito as a financial resource with which to solve the economic problems generated by the war of 1739-1748. In this study we analyze their diverse demands for money in 1740-1741, and especially the requisition of 100.000 pesos from one merchant. The dispute arising from this requisition is also analyzed from the point of view of the local struggle for power within the city of Quito.

KEY WORDS: 1740-1741, Quito, Loans, Peruvian Trade, Power Groups.

Fecha de recepción: 18 de Febrero de 2003.

Fecha de aceptación: 22 de Junio de 2003.